

El Eco de Cartagena.

AÑO XXVIII

DIARIO DE LA NOCHE

NÚM. 8633

PRECIOS DE SUSCRIPCION.

CONDICIONES

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, y se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Viernes 25 de Octubre 1888

CURA inmediato de toda clase de Vómitos y Diarreas (de los típicos, de los viejos, de los niños) Colera, Tifus, Gástricos y úlceras del estómago. **DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS**

BISMUTO Y CERO VIVAS PEREZ

Bisenterias, Vómitos (de los niños y de las embarazadas)

EL ALUMBRADO ELÉCTRICO

La marcada deficiencia del alumbrado público de esta ciudad, está siendo objeto, hace mucho tiempo, de fundadísimas quejas formuladas por la prensa y la opinión en general, hasta el punto, que nuestro Ayuntamiento se ha creído en el deber de nombrar una comisión que estudie la manera de dotar á Cartagena del alumbrado eléctrico, ventaja de que hoy disfrutan no sólo infinitas localidades del extranjero, sino varias de España.

La comisión á que nos hemos referido, hace bien poco para conseguir el objeto para que ha sido creada; pero sin embargo, el alumbrado eléctrico ha de ser un hecho, como adelanto que puede imponer por su exclusiva bondad.

En el momento en que esa comisión ó otra que la sustituya, quiera establecer en esta ciudad el tan moderno y útil invento, se cambiarán las amables que hoy impere en nuestras calles y casas, por la brillante luz que produce la electricidad.

También podrá dotarnos de dicha mejora, cualquier empresa, que, prescindiendo del servicio municipal, ofrezca el sistema de alumbrado que nos ocupa á los particulares, y tanto es así, que según tenemos entendido, se presentó hace algún tiempo una solicitud al Ayuntamiento, en el sentido expresado.

Sea por los medios que quiera, creemos que la luz eléctrica ha de ser un hecho en breve tiempo, por lo que consideramos útil difundir los conocimientos que familiaricen al público con tan extraordinaria aplicación de la electricidad.

Las lámparas de incandescencia son aparatos en los cuales la corriente pasa á través de un cuerpo sólido de mucha resistencia eléctrica, por lo que la temperatura de dicho cuerpo se eleva en alto grado y se hace luminoso.

Para evitar la combustión del cuerpo incandescente, se le encierra en un pequeño globo de vidrio, en el cual se hace el vacío más perfecto posible.

Existen también un gran número de lámparas basadas en este principio; pero apenas difieren entre sí por algunos detalles de construcción.

Después de haber ensayado largo tiempo el uso del platino como conductor en sus lámparas, Edison terminó por adoptar el carbón, atendiendo á su mayor fuerza radiante, por ser infusible á las más altas temperaturas y por poseer una resistencia eléctrica 250 veces mayor que la del platino, lo que permite darle un diámetro mayor.

Desde entonces todos los constructores emplean un filamento muy delgado de una materia vegetal carbonizada, cuya forma

es variada, pero cuya fabricación es siempre delicada y exige precauciones muy especiales.

Los extremos de ese filamento van unidos á dos hilos de platino que salen al exterior del globo de cristal, dentro del cual va el carbón y en el que se hace el vacío. Por dichos hilos se hace llegar la corriente á la lámpara, al par que sirven también para colocarla en los aparatos convenientemente.

La intensidad luminosa de las lámparas de incandescencia varía, así como en la de arco, con la corriente que las alimenta, y se puede por tanto obtener con una misma lámpara diferente cantidad de luz.

Sin embargo, bajo el punto de vista económico, hay que emplear en cada instalación el tipo de lámparas más adecuado á la corriente que se puede producir, pues un exceso de corriente las deteriora rápidamente, y un defecto perjudica bastante á su rendimiento.

Todos los constructores expiden lámparas arregladas para diferentes fuerzas electromotrices ó intensidades de las corrientes, dentro de una misma potencia de luz, y no conviene alterarlas en ningún caso.

El rendimiento luminoso de estas lámparas, esto es, la relación entre la energía eléctrica que absorben y la luz que producen, ha sido tal vez el problema que más se ha estudiado y en el que se han hecho más rápidos progresos desde su planteamiento (1882.) En esa época las lámparas Edison, Swan Maxin consumían una mitad de energía eléctrica más que las modernas lámparas de Edison, Woodhouse y Rawson, Cruto y Swan.

Hasta que la práctica sancione mayores adelantos que se pretenden haber hecho en este sentido, no puede contarse con menos de un caballo de vapor (suponiendo también una máquina eléctrica de buen rendimiento) para producir 130 bujías de intensidad luminosa distribuida entre varias lámparas de 8, 10, 12 ó 16 bujías cada una; y 160 bujías por caballo cuando las lámparas son de mayor intensidad. Una lámpara de 10 bujías equivale á un mechero de gas que consume 120 litros por hora.

La duración de las lámparas de incandescencia es de 800 á 1000 horas; siempre que se las mantenga á su intensidad normal. Su precio ordinario es de cinco á siete pesetas para las de 5 á 6 bujías, nueve pesetas las de 50 bujías, y 12'50 las de 100.

Aunque todas las lámparas mencionadas son susceptibles de producir la luz, cualquiera que sea el generador de electricidad empleado y siempre que la intensidad y la fuerza electromotriz de la corriente esté en relación con la que exigen las lámparas, éstas no deben ser empleadas indiferentemente en todos los casos, porque, aparte de la economía, cada sistema presenta otras ventajas para determinadas aplicaciones.

En los faros, en el alumbrado de paseos, plazas y calles espaciosas, en los grandes talleres y estaciones de ferrocarril, y, en fin, donde quiera que haya que alumbrar grandes espacios, las lámparas de arco son las más ventajosas, pues su rendimiento luminoso es, como hemos visto, lo menos

cuatro veces mayor que el de las de incandescencia; y aun cuando ese rendimiento se reduzca á la mitad por lo que absorbe el vidrio deslustrado de que hay que rodearlas, siempre resultarán con un doble de beneficio en fuerza motriz.

Para un local pequeño ó muy dividido, para las grandes fábricas en que la atmósfera se cargue fácilmente de polvo ó de gases deletéreos que puedan perjudicar al delicado mecanismo de los reguladores; para los almacenes, teatros, cafés, oficinas, talleres de precisión, etc., conviene emplear las lámparas de incandescencia, combinadas en último caso con lámparas de arco para ciertos servicios especiales.

Solo las de incandescencia pueden prestarse á distribuir la luz con arreglo á todas las necesidades, según se hace con el gas; y como por otra parte su empleo no exige los cuidados que necesita el mecanismo, los reguladores y el reemplazo de carbones, no dudamos en asegurar que el porvenir es para la incandescencia, dependiendo tan sólo la vida industrial del arco, del tiempo que se tarde en conseguir una mitad más de rendimiento para la incandescencia, problema que no podemos considerar insoluble, los que hemos visto realizar en ellas un perfeccionamiento mayor en los últimos seis años.

Variedades.

A...

Mártir de la sociedad camina sin paz ni calma; que las fibras de tu alma son restos de vanidad.

Ya no brilla la alegría en tu sonrosada boca; y tu corazón de roca sólo tiene hipocresía.

Naciste para querer; pero no te comprendieron y de la mujer hicieron una esclava del placer.

Y tendiste en rudo vuelo tus alas cual mariposa, descendiendo presurosa sobre el fango de este suelo.

Te arrojaron con cinismo en brazos de la impureza, que te forjó con presteza cadenas de servilismo

¡Que en este mundo traidor, como impera siempre el mal, es el mercado social do se cotiza el honor!

Hoy, que una limosna imploras á esa misma sociedad, comprenderás la verdad del pasado que deploras.

Y al mirar tu situación, pide á Dios humildemente, ya que se manchó tu frente, que te otorgue su perdón.

DAVID PARDO GIL.

Madrid y Octubre 88.

UN BARBERO LOCO.

¡Qué horror!

Cuerdos y muy cuerdos han de ser y aún así yo les tengo un miedo cerval: sobre todo cuando hablan de política ó cuando refieren con voz entrecortada por la emoción algún episodio dramático de su vida.

¿Quién me dice á mí que estén libres de que se les suba la sangre á la cabeza y me degüelle?

Casi todos los barberos son nerviosos y dan en accionar con la navaja.

Cuando la andan contra la suela miran al parroquiano de reojo, como si quisiera decirle:

—Ea, esto se acabó. Voy á recortarle á V. por la parte de arriba.

En cuanto ven entrar al parroquiano, le dirigen una mirada de odio comprimido que quiere decir poco más ó menos:

¡Maldita sea mi suerte! ¡Tener que hacerle la barba á este majadero ahora que empezaba á leer el folletín! Yo debiera degollarle, por de pronto.

El parroquiano le saluda cariñosamente, á ver si lo desarma por medio de la amabilidad; pero hay barberos que no desarrugan el entrecejo, ni sonríen, ni se conmueven, y en cambio cojen la brocha con desesperación y embaduran á uno con enojo, dispuestos á clavarle los pelos en la epidermis.

Pero en medio de todo son preferibles á los barberos mudos y rápidos á los barberos elocuentes y minuciosos que se van hacia el parroquiano en cuanto le ven, y primero le estrechan la mano con efusión y después le colocan la toalla con júbilo estrepitoso, diciendo:

—¿Conque á afeitarse? ¿Eh?

—Sí, señor—suele contestar el aludido con resignación evangélica.

—Vaya... vaya... ¡Cuánto tiempo sin venir por aquí!

Al decir ésto, meten la toalla entre el cuello de la camisa y la piel del parroquiano. Después se van hacia la mesa y comienzan á hacer espuma con la brocha, poseídos del vértigo profesional.

El parroquiano ha bajado la cabeza humildemente, como diciendo:

—¡Sea lo que Dios quiera!

Pero viene el barberito y la levanta, haciendo un gesto que revela contrariedad. Algunas veces hasta se permite decir:

—Así, la cabeza alta: no saque V. la lengua que se le puede cortar.

—No pensaba en eso.

—Es que hay algunos muy brutos, y usted perdone que me exprese así. Viene aquí uno, que es de la Tabacalera, y anteaer por poco le estropeo la nariz y parte del ojo derecho. Siempre está moviendo la cabeza, porque dice que le pica el polvo del tabaco, y como yo soy tan nervioso...

—¡Caramba! ¿Es V. nervioso?

—¡Muchísimo!

Vive uno de milagro con estos barberos expresivos, que transmiten á la navaja los movimientos del corazón y revelan sus impresiones al tiempo de manejar las tenacillas.

A mí me ha afeitado muchas veces un joven pálido que es todo corazón y estaba enamorado de una estanquera esquiná de la calle del Tribulete.

Siempre que acercaba á mi rostro el instrumento, lanzaba un hondo suspiro y decía:

—No sé lo que hago, porque sufro.

—Recapacite usted, Isidoro—contestaba yo.

—No es posible, caballero—replicaba él.

Y siempre me estaba haciendo chirlos, hasta que respondió á su amor la estanquera y